

El indeferentismo en materia política

Carlos Marx

Enero de 1873

(Tomado de C. Marx, F. Engels y V. I. Lenin, *Acerca del anarquismo y al anarcosindicalismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, páginas 77-83; también para las notas. Publicado en diciembre de 1873 en el *Almanacco Republicano per l'anno 1874*.)

“La clase obrera no debe constituirse en partido político; no debe, bajo ningún pretexto, actuar en política, porque combatir el estado significa reconocer el estado, ¡y esto es contrario a los principios eternos! Los obreros no deben declarar huelgas, porque hacer esfuerzos para conseguir aumento de salario o por impedir su disminución es como reconocer el salario, ¡y esto es contrario a los principios eternos de la emancipación de la clase obrera!”

“Si en la lucha política contra el estado burgués los obreros sólo consiguen arrancar algunas concesiones, significa que aceptan compromisos, lo que es contrario a los principios eternos. Por eso se debe despreciar todo movimiento pacífico, como los que tienen la mala costumbre de hacer los obreros ingleses y americanos. Los obreros no deben esforzarse por establecer un límite legal de la jornada de trabajo, porque eso significaría llegar a un compromiso con los patronos, los cuales podrían entonces explotarles sólo 10 o 12 horas, en lugar de 14 o 16. No deben gastar tampoco fuerzas en prohibir legalmente el trabajo fabril de los niños menores de diez años, pues con ese medio no harán cesar la explotación de los niños menores de diez años: ¡con eso incurren solamente en un nuevo compromiso, que perjudica la pureza de los principios eternos!”

“Los obreros deben procurar menos aún que el estado, cuyo presupuesto se confecciona a costa de la clase obrera, esté obligado a dar enseñanza primaria a los hijos de los obreros, como en la República Americana, pues la instrucción primaria no es la instrucción íntegra. Es mejor que los obreros y las obreras no sepan leer, ni escribir ni contar que recibir instrucción de un maestro de escuela del estado. ¡Es mejor que la ignorancia y un trabajo cotidiano de horas embrutezcan a la clase obrera con tal de que no sea violados los principios eternos!”

“Si la lucha política de la clase obrera asume formas violentas, si los obreros sustituyen la dictadura de la burguesía con su dictadura revolucionaria, cometen un terrible delito de lesa principio, porque para satisfacer sus míseras necesidades vulgares de cada día, para vencer la resistencia de la burguesía, dan al estado una forma revolucionaria transitoria en vez de deponer las armas y abolirlo. Los obreros no deben formar ninguna sociedad profesional, porque con ello perpetúan la división del trabajo social, como la encuentran en la sociedad burguesa, y esta división, que desune a los obreros, es precisamente la base de la esclavitud actual.”

“En una palabra, los obreros deben cruzarse de brazos y no perder su tiempo en movimientos políticos y económico. Estos movimientos pueden darles solamente resultados inmediatos. Como hombres verdaderamente religiosos, debe gritar llenos de fe, despreciando sus necesidades cotidianas: “¡Que nuestra clase sea crucificada, que nuestra raza perezca pero que sigan inmaculados los eternos principios!” Como cristianos piadosos, deben creer en la palabra del cura, despreciar los bienes de esta tierra y no pensar más que en ganarse el paraíso. Poned en lugar del paraíso la *liquidación social*, que un buen día se realizará en un confín cualquiera del mundo, no se sabe cómo ni por obra de quién, y la mixtificación será idéntica en todo y por todo.”

“En espera, pues, de esta famosa liquidación social, la clase obrera debe comportarse decentemente, como un rebaño de ovejas bien alimentadas; dejar en paz al

gobierno; temer a la policía; respetar las leyes; suministrar sin rechistar la carne de cañón.”

“En la vida práctica cotidiana, los obreros deben ser servidores obedientísimos del estado; pero en su fuero interno deben protestar enérgicamente contra su existencia testimoniarle su profundo desprecio teórico mediante la adquisición y la lectura de tratados literarios sobre la abolición del estado; deben guardarse muy bien de oponer al régimen capitalista otra resistencia que no sean las declamaciones sobre la futura sociedad, ¡en la cual ese régimen odioso habrá dejado de existir!”

No cabe la menor duda de que si los apóstoles del indiferentismo en materia política se expresaran de un modo tan claro, la clase obrera les mandaría a paseo; se sentiría insultada por estos doctrinarios burgueses y gentilhombres desequilibrados, estúpidos o ingenuos hasta el punto de prohibirle todo medio real de lucha porque todas las armas para combatir hay que tomarlas de la sociedad actual y porque las condiciones fatales de esta lucha tienen la desgracia de no adaptarse a la fantasía idealista, que estos doctores en ciencias sociales han divinizado con los nombres de *Libertad*, *Autonomía* y *Anarquía*. Pero el movimiento de la clase obrera es hoy tan potente que estos sectarios filántropos no osan ya repetir respecto a la lucha económica las *grandes verdades* que proclaman incesantemente sobre la lucha política. Son demasiado cobardes para aplicar estas verdades a las huelgas, las coaliciones, las sociedades de signo profesional, las leyes sobre el trabajo femenino e infantil, sobre la limitación de la jornada de trabajo, etc., etc.

Veamos ahora en qué grado pueden remitirse a las buenas tradiciones, al honor, a la buena fe y a los principios eternos.

Los primeros socialistas (Fourier, Owen, Saint-Simon, etc.), por cuanto las condiciones sociales no estaban bastante desarrolladas aún para permitir a la clase obrera constituirse en clase militante, debieron fatalmente circunscribirse a sueños sobre la *sociedad modelo* del porvenir y condenar todas las tentativas (como las huelgas, las coaliciones y los movimientos políticos) emprendidas por los obreros para mejorar un tanto su suerte. Pero si no podemos hoy renegar de estos patriarcas del socialismo, como los químicos no pueden renegar de sus padres, los alquimistas, debemos en todo caso, evitar el reincidir en sus errores, ya que, cometidos por nosotros, serían imperdonables.

Sin embargo, más tarde (en 1839), cuando la lucha económica y política de la clase obrera había adquirido en Inglaterra un carácter ya bastante acentuado, Bray (uno de los discípulos de Owen y uno de los que habían descubierto el mutualismo mucho antes que Proudhon) publicó un libro titulado *Labour's Wrongs and Labour's Remedy* (*Los males y los remedios del trabajo*).

En uno de los capítulos, sobre la ineficacia *de todas las mejoras que se quieren obtener con la lucha actual*, hace una crítica mordaz de todos los movimientos, tanto políticos como económicos, de los obreros ingleses; condena el movimiento político, las huelgas, la limitación de la jornada laboral y la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas, porque todo eso (según él) en vez de contribuir a acabar con el estado actual de la sociedad, lo acentúa y hace más intensos los antagonismos

Pasemos ahora al oráculo de estos doctores en ciencias sociales, a Proudhon. Aunque el maestro tuvo la valentía de pronunciarse enérgicamente contra todo movimiento económico (coaliciones, huelgas, etc.) que estuviera en contradicción con las teorías redentoras de su *mutualismo*, con sus escritos y con su participación personal estimuló con sus escritos y con su participación personal el movimiento político de la clase obrera; sus discípulos no se atreven a pronunciarse abiertamente contra el movimiento. Ya en 1847, época en que apareció la gran obra del maestro, *Las contradicciones económicas*, yo refuté sus sofismas contra el movimiento obrero. Sin embargo, en 1864, de la ley Ollivier, que concedía a los obreros franceses, aunque de un

modo muy limitado, el derecho de coalición, Proudhon volvió a la carga en su libro *Capacidad política de la clase obrera*, publicado a los pocos días de su muerte.

Los ataques del maestro fueron tan del agrado burgueses que el *Times*, con motivo de la gran huelga de sastres de Londres en 1866, hizo a Proudhon el honor de traducirlo y de condenar a los huelguistas con sus palabras. He aquí algunos ejemplos.

Los mineros de Rive-de-Gier se declaran en huelga envían allí soldados para hacerles entrar en razón.

“La autoridad [grita Proudhon] que hizo ametrallar a los mineros de Rive-de-Gier fue puesta en una situación muy difícil. Pero actuó como el antiguo Bruto, puesto en el trance de elegir entre su amor de padre y su deber de Cónsul: había que sacrificar a los hijos para salvar la República. Bruto no vaciló y la posteridad no se atreve a condenarle”¹

La memoria del proletario no recuerda un burgués que haya vacilado en sacrificar a sus obreros para salvar sus propios intereses. ¡Qué Brutos son estos burgueses!

“Así, pues, no existe el derecho de coalición, como no existe el derecho de fraude y de hurto, como no existe el derecho de incesto y de adulterio”².

En cambio, habrá que reconocerlo, existe el derecho a *la estupidez*.

¿Cuáles son, entonces, los principios eternos, en nombre de los cuales el maestro fulmina sus abracadabrantés excomuniones?

Primer principio eterno:

“La tasa del salario determina el precio de las mercancías”.

Incluso quienes no tienen ninguna noción de economía política e ignoran que el gran economista burgués Ricardo, en su libro *Principios de Economía Política*, publicado en 1817, refutó de una vez para siempre este error tradicional; incluso éstos, conocen la peculiaridad notabilísima de la industria inglesa, que puede vender sus productos a un precio muy inferior al de cualquiera otra nación mientras que los salarios en Inglaterra son relativamente más elevados que en cualquier otro país de Europa.

Segundo principio eterno:

“La ley que autoriza las coaliciones es altamente antijurídica, antieconómica, contraria a toda sociedad y orden”.

En una palabra, “es contraria al *Derecho* económico de la libre competencia”.

Si el maestro fuera un poco menos *chauvin*³, se preguntaría cómo se explica que una ley tan contraria al *derecho económico de la libre competencia* fuese promulgada Inglaterra hace ya cuarenta años y por qué a medida que se desarrolla la industria, y con ella la libre *competencia*, esta ley tan contraria a *toda sociedad y orden* se impone como una necesidad hasta a los propios estados burgueses. Entonces se convencería, quizá, de que este Derecho (con D mayúscula) existe únicamente en los *Manuales económicos*, redactados por los frailes Ignorantes de la economía política burguesa, manuales en los que encontramos perlas de sabiduría económica como la siguiente: *La propiedad es el fruto del trabajo... de los demás*, olvidan agregar.

Tercer principio eterno:

“Por consiguiente, con el pretexto de sacar a la clase obrera de llamada inferioridad social, habrá que empezar por denigrar a una clase de ciudadanos: la clase de los señores, los empresarios, patronos y los burgueses; habrá que atizar en la democracia obrera el desprecio y el odio a estos indignos representantes de la clase media; en vez de la represión legal, habrá que preferir la guerra mercantil e industrial, y en vez de la policía del estado, el antagonismo de clases”⁴.

¹ P. g. Proudhon, *De la capacidad política de la clase obrera*, París, Lacroix y Cía., página 327.

² *Ibidem*, página 383.

³ Chovinista.

⁴ F. G. Proudhon, *De la capacidad política de la clase obrera*, París, Lacroix y Cía, páginas 337-338-

El maestro, para impedir a la clase obrera salir de llamada *inferioridad social*, condena las coaliciones, que convierten a la clase obrera en clase antagónica a *la respetable categoría de los patronos, los empresarios y burgueses*, los cuales prefieren ciertamente, como Proudhon *la policía del estado al antagonismo de clases*. Para evitar todo disgusto a esta respetable clase, el bueno de Proudhon recomienda a los obreros (como es natural, hasta el advenimiento del *régimen mutualista*) “la libertad o competencia, nuestra única garantía”, a pesar de sus graves inconvenientes⁵.

El maestro predicaba el indiferentismo en materia económica *para proteger la libertad o competencia burguesa*, nuestra única garantía. Los discípulos predicaban el indiferentismo en materia política para proteger la libertad burguesa, su única garantía. Si los primeros cristianos, que predicaban también la indiferencia en materia política, necesitaban de la ayuda de un emperador para transformarse de oprimidos en opresores, los modernos apóstoles del indiferentismo político no creen que sus principios eternos les impongan la abstinencia de los placeres mundanos y de los privilegios temporales de la sociedad burguesa. ¡Sin embargo, debemos reconocer que soportan con un estoicismo digno de los mártires cristianos las 14 o 16 horas de trabajo cuando éstas recaen sobre los obreros fabriles!

Londres, enero de 1873

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁵ *Ibidem*, página 334.